

PRIMERA PARTE
Un labrador patriota
(1791-1808)

Capítulo 1

La espada por la esteva¹

Castilla la Vieja, octubre 1791

En estrecha pobreza
aprende el mozo a padecer robusto,
porque su fortaleza
resista al militar encuentro².

Horacio, Odas
Libro III, 11

Es difícil poner buena cara cuando el cuerpo se te está pudriendo por dentro. Ser hijo obediente, hermano ejemplar y hasta el vecino alegre que todos conocen, si la cabeza te pide cosas que la vida niega. Pero más horrible todavía es ver que tu padre, al que te empeñas en apreciar de verdad, se ha convertido en la viva imagen de lo que más aborreces. Un hombre resignado vuelto de espaldas al mundo, encerrado entre las cuatro paredes de su vida diaria. Preso voluntario en el horizonte de su aldea. Aunque lo peor llega cuando los sentimientos de vergüenza se apoderan de ti sin remedio. Sientes oleadas de desprecio por aquél a quien deberías respetar, deseos de abandonarle, huir lejos. Y a pesar de todo ¿con qué derecho se puede juzgar a un hombre honrado, a un padre amante de los suyos, entregado a su trabajo?. Tratas de evitarlo, intentas sentir lástima, ser compasivo. Pero cuando ves que cada día come satisfecho sin levantar la vista del plato, te dan ganas de gritarle las injusticias del mundo, o sus glorias, echarle en cara su pequeñez. Luego piensas que el egoísta eres tú, que él bastante tiene con salir adelante. Y entonces te sientes rematadamente mal, porque en el fondo le comprendes y quieres justificarlo. Pero más al fondo aún, sabes que sigues despreciándole.

-¡Lucía! ¿Has visto al chico?

-¿Al Manuel?

¹ *Esteva*: pieza de madera corva en la parte trasera del arado, sobre la que lleva la mano el labrador para dirigir la reja y hendirla en la tierra.

² Traducción del autor.

-No, ése está conmigo. Me refiero al tormento del Juanillo. Aún no ha echado de comer a los guarros.

-Se habrá entretenido en el monte con la leña.

La mujer salió al corral secándose las manos con una rodilla³ limpia seguida por Dámaso, el pequeño que aún andaba a trompicones. Desde el umbral trató de distinguir en la penumbra del establo si el asno estaba ya de vuelta en su esquina del pesebre. Tuvo que protegerse los ojos del sol mientras su mano, en jarras sobre la cintura, apretaba con fuerza el trapo.

Permaneció un rato así, escudriñando las sombras y hasta los rincones. Luego entró en la leñera, donde su hijo se entregaba a menudo a esas largas cavilaciones suyas, intentando convencerse de que el chico no se la había jugado una vez más.

Pero no lo vio.

-Cómo ande entretenido con *El Chisquereta* le voy a dar más palos que a una estera. ¡Condenado chico! Mira que no hay quien haga labor con él, siempre metido en jaranas y jugando a soldados, como si no tuviera edad ya para pensar en otras cosas ¡Ya verás cuando le agarre!

-No te soliviantes reina mía, que ya vendrá.

Aquella mañana, Juan padre estaba contento. El año venía bueno y la cosecha no iba a ser tan magra como en el 90, cuando la sequía del invierno apenas dejó crecer el trigo y las malditas heladas de primavera arrasaron los manzanos.

Pero pasaron los minutos y Juanillo no apareció.

Despreocupado, el padre dio de comer a los cochinos, recogió los huevos de los ponederos, cambió la paja a la mula y entró en la cocina para lavarse un poco. Olía a humo, a ganado y a hombre. Le hervía el deseo por aquella hembra que la Providencia le había regalado y a la que no había dejado de amar ni un minuto desde que la conoció.

Lucía rezongaba sin darse cuenta de la mirada del chico Manuel. El mozuelo, de catorce años, tenía en sus ojos una expresión distinta a la habitual, aquella mezcla de beatitud y sorna que tanto sacaba de sus casillas al hermano mayor. Esa mañana, un raro estremecimiento le recorría el semblante.

El padre se quitó la camisa, se mojó la cara en la pila y con una toalla húmeda se frotó el cuello y los brazos. Tenía que calmar a su mujer antes de que apareciera el

³ Trapo usado en cocina.

chico. Luisa era buena como una hogaza de pan recién hecho, pero tenía un genio endiablado y podía volverse tan áspera como un chusco del día anterior.

-Vamos, mujer, tranquilízate. Ya vendrá. Y si no, Manuel y yo saldremos a buscarlo y te aseguro que lo traeré de las orejas.

-Más te valdría reñirle más y no andar con tanta zalamería.

-¿Zalamero yo? Será contigo, prenda mía, que sólo de verte esos brazos desnudos y relucientes se me enciende el alma.

Juan abrazó a su mujer por detrás y empezó a besarle el cuello.

-Déjame, estate quieto. ¿No ves que está el Manolo ahí detrás?

-¿Y qué que esté? ¿Acaso es malo para un hijo ver cómo sus padres se quieren?

-No aprietes Juan, que tengo trajín. Y vete a por el Juanillo de una vez, que ya han dado las doce.

Juan Martín se puso el tabardo y salió en dirección al monte con su hijo segundo, no sin darle antes a su esposa un pellizco en el trasero y decir dos frases de las suyas, mientras se mordía los labios. Aquellos requiebros inocentes, pero cargados de intención, desarmaban por completo el enfado de la mujer.

-No tardo, paloma. Y vete preparándote.

-El que tiene que prepararse es ese tunante de hijo tuyo. Manolito, hijo, tráeme una espuerta de paja y no vayas con tu padre, que te necesito aquí.

-Sí, madre.

No había pasado la una cuando el señor Martín llegó con la boca apretada y los ojos demudados en un gesto que no presagiaba nada bueno. Manuel bajó la cabeza. Ya lo habían descubierto.

Lucía se alarmó al ver que su marido venía solo con el burro.

-Juan ¿qué tienes? ¿qué ha pasado? Juan ¿dónde está el chico?

Había atado a *Canastero* a la puerta de la casa sin preocuparse de quitarle la carga ni llevarlo al establo para que comiera. El jumento llevaba aún sujetos al lomo los haces de leña que Juanillo recogía todas las mañanas en los alrededores del pueblo. El padre lo había encontrado así, como si lo estuviera esperando, con el ronzal atado a la verja del huerto de la Eustasia. En la mano, Juan Martín tenía medio arrugado un papel que encontró sobresaliendo bajo la tosca montura y resultó ser una carta de despedida

del muchacho, un escueto mensaje de adiós a la vida rural de un joven de dieciséis años que se iba al ejército para defender la patria.

Juan padre lo alargó a su mujer sin decir palabra. Ella atrapó el papel entre los dedos como sin quererlo, desdoblándolo por las puntas mientras se sentaba. Fue leyendo lo que decía despacio, en voz alta, con los ojos muy abiertos.

Queridos padres:

Es llegado para mí el momento de aspirar a tareas más altas que cortar leña, cuidar de los gochos y atender la labranza. Perdónenme, se lo suplica éste su hijo que está seguro de su comprensión. La Patria me llama y debo acudir en su socorro.

Manolo, ayuda en casa, cuida de Dámaso y sé obediente.

Les quiere y no se olvida de ustedes,

Juan

La madre no se enfadó como Manolo temía. Rompió a llorar suavemente, sujetando el papel entre sus manos mientras lo besaba, llevándose al pecho y dejando escapar un gemido desconocido en ella, un lamento que recordaba a Manuel la cantinela de las viudas en los funerales de la iglesia. El marido la abrazó por detrás sujetando su cabeza. Aquellas manos vigorosas fueron el pedestal donde se apoyó, por una vez, su derrumbado mentón.

Juan padre apretaba las mandíbulas.

-¡Condenado rapaz! Aún no le ha salido la barba y hay que ver cómo se las gasta.

Estaba más emocionado que preocupado. Que el muchacho se hubiera escapado para alistarse en el ejército no hacía sino demostrar su noble temperamento. Era muy propio de él. Otra cosa es que le permitiera salirse con la suya. Pero ¿cómo explicarle a un chico rebelde, a ese idealista convencido que le había tocado por hijo que aquello no podía ser, que ni siquiera iba a defender la patria sino el voraz apetito de la política y los ejércitos, sin que él, su padre, el hombre en quien debía confiar, pareciera un retrógado, un cobarde egoísta o algo peor?

-Descuida mujer, ahora mismo nos vamos a Valladolid. Seguro que el mocoso ése anda por alguno de los cuarteles de la capital. Daremos con él y lo traeremos de vuelta. Te lo prometo.

Dejaron a Manuel al cargo de los animales y los dos pequeños en casa de una vecina. Aquella noche la pasaron en la posada del Infante, en Peñafiel y al día siguiente, muy temprano, salieron hacia Valladolid. No les fue fácil localizar al fogoso voluntario. Al final del día les dieron razón de él en el cuartel de Farnesio, cuando la tropa estaba ya encerrada en los barracones para dormir y Juan se preparaba a pasar su primera

noche como soldado raso. Lo habían aceptado porque dijo que era huérfano y se añadió dos años.

Excitado por su nuevo estado, que abría el horizonte de sus sueños, Juan no podía pegar ojo dentro del petate. Ya se veía entrando en acción, cargando él solo contra el enemigo para demostrar de lo que era capaz. Pocó duró, sin embargo, su ensoñación. El padre reclamó su hijo al capitán de guardia alegando su falta de consentimiento y que el chico era menor de edad. No hubo más que hablar. Al poco rato el efímero soldado Juan Martín, con gesto mohíno y evidente disgusto, hizo su aparición.

-Vamos.

Fue lo único que acertó a decir el padre. Su madre le abrazó en silencio, besándole varias veces y sujetando sus muñecas con fuerza. Sin detenerse para dormir ni cenar subieron al carro los tres, Lucía llevaba una talega con queso, tocino y media hogaza de pan. Hicieron el camino de vuelta en la oscuridad, sin decir una palabra ni reprochar nada al chico. Justo cuando salía el sol entraban en el pueblo.

Castrillo era un villorrio acostado entre el Duratón y el Duero, a pocas leguas de Peñafiel y algo apartado del camino real que llevaba a Aranda. En aquella aldea castellana había nacido en 1775 Juan Martín Díez, primogénito de su casa, zagal inquieto, capitán de huestes infantiles y continuo quebradero de cabeza para sus padres.

Años después, cuando se hizo guerrillero, fue conocido por todos como *El Empecinado*, aunque el alias no fuera patrimonio exclusivo suyo. Hasta él, el nombre era un mote con el que se designaba a los naturales de Castrillo por la *pecina* del río Botija. En verano, sus aguas estancadas se cuajaban de esa alga deleznable de color verde oscuro mezclada con el cieno negruzco. El légamo pegajoso tiznaba la ropa de las lavanderas, las patas de los animales y hasta la piel de los mozos que chapoteaban en su corriente las tardes de estío para refrescarse y pescar cangrejos. Tan penetrante era su mancha, tan difícil de quitar aunque se restregara, que todos acababan *empecinados*. A partir de Juan Martín la palabra cambió de rumbo, pasó a designar a quien se empeña en algo por encima de lo habitual o lo razonable. Con este sentido, y sin que nadie lo discutiera, entró con pleno derecho en los dominios del lenguaje común.

El nombre del pueblo evoca lo que debió ser un pequeño *castro* o fortificación romana de defensa en la bronca frontera del Duero. Con el correr de los siglos se transformó en atalaya contra los musulmanes durante la Reconquista, como recordaba la

torre mudéjar convertida en campanario de iglesia, desde donde debieron otearse las huestes sarracenas y las mesnadas enfrentadas de Juan II de Trastámara y el Condestable Álvaro de Luna. Aquel torreón medieval, levantado sobre basamento romano, no tenía la grandiosidad de las fortalezas de Coca o Peñafiel y era ya un conglomerado de estilos, añadidos de siglos con zunchos de hierro y muros abombados sobre poderosos cimientos.

En los alrededores del pueblo dominaban los majuelos de uva tinta, esos viñedos que Juan aprendió a cavar desde muy niño, pues entonces no había tanto cereal como llegó después. Los cielos siempre fueron transparentes e inmensos, de lejanías abiertas a la altura de los ojos. El crisol idóneo para que la cabeza despejada de un chaval vertiera los tesoros de su imaginación y soñara a placer con mundos heroicos.

Fue en aquel páramo castellano de sobria desnudez y temperaturas extremas - nueve meses de invierno y tres de *infierno*- donde Juan despertó al mundo y se hizo hombre, el lugar del que habría de partir un día para iniciar la existencia de guerrero elegida por él, dejando esposa, amigos y labranza por una vida de combate en busca de la libertad.

El zafio guerrillero pasó de combatiente contra los franceses a liberal por convicción. No tuvo dudas, desmayos ni deslealtades de última hora, como les ocurrió a tantos otros. Tampoco sucumbió al soborno que quiso atraerlo a las filas de la reacción. Fue vitoreado por los suyos, temido por sus enemigos, aclamado hasta el delirio en las poblaciones en las que entraba, lo que no evitó el acoso de sus aristocráticos superiores, aquellos oficiales de Estado Mayor que desconfiaban de su escasa preparación. El empeño en sus ideales y su caballerosidad le granjearon el respeto distante de muchos militares pero también la inquina de los altivos o mediocres. Inspiró tanta pasión como rechazo, sin que su fama pudiera evitar el recelo de los taimados ni su carácter campechano consiguiera detener el reptil de la envidia entre algunos de sus iguales. El destino le regaló gloria a raudales pero no le ahorró la mordedura del más letal de los aguijones: la traición de su mejor lugarteniente.

Más que fanfarrón Juan Martín era arrogante, pues lo cierto es que hacía lo imposible por cumplir lo que prometía. Se jactaba de obrar por ideales nobles, con respeto de caballero hacia el enemigo. Fue un héroe a la antigua usanza, ávido luchador con escasos quebrantos, un fajador que salía con habilidad de las encerronas para volver a la carga, al combate sin tregua, con el tesón sobrehumano que le hacía “empecinarse” y por el que donó al idioma castellano tan glorioso verbo.

Cuando en 1825 el antiguo guerrillero era un liberal cercado, el mariscal combatido por antiguos compañeros ya sólo pudo ofrecer el martirio que el destino reserva a menudo para los seres excepcionales. El Empecinado entró en el olimpo de los inmortales con asiento propio y al igual que Viriato, Sertorio, Juan de Austria o Espoz y Mina, quedó consagrado en el altar de los héroes ibéricos. Como muchos de sus contemporáneos, hombres y mujeres generosos que dieron su vida por la felicidad de los demás, creía en la justicia, pero sobre todo en la libertad. La Fama, regalo de los dioses y única concesión al mundo que un espíritu estoico puede permitirse, fue el premio definitivo, la credencial de una vida que tras muchas batallas y persecuciones, ganó la inmortalidad.

Pero en aquel año de 1791, Juan no era aún más que un muchacho compungido que esperaba, junto al fogón del hogar y con la cabeza gacha, la reprimenda de sus padres.

Lucía había acostado ya a los pequeños y estaba sentada con forzada serenidad, eligiendo lentejas en la mesa de la cocina. Manuel ayudaba a su madre mientras lanzaba miradas furtivas hacia su hermano. Nadie, en aquel cuarto de paredes oscuras, estaba más contento que él.

Juan padre daba largas zancadas con las manos en la espalda meditando sus palabras. No quería delatar su íntimo orgullo por la acción del hijo, no fuera que cualquier atisbo de justificación hiciera derrumbarse el argumento principal. Tenía que ser severo, mostrarse tajante.

-Así que el caballerito ha decidido abandonar su casa para ir a luchar por el rey. A pelear como un hombretón ¿no?

Juan levantó la cabeza y miró a su padre como si le doliera algo.

-Sí, padre.

-¿Y no sabes que antes está la familia que la patria? ¿Que tienes que obedecer a tu padre en vez de hacer caso de una llamada que además nadie te ha hecho?

El chico no respondió. Juan padre se acercó hasta él y le sujetó por los hombros.

-Me vas a prometer que nunca más volverás a intentarlo y que esperarás a ser mayor de edad si quieres unirte al ejército. Y me lo vas a prometer por ese honor tuyo del que tanto alardeas. ¿De acuerdo?

Juan hijo apretó las mandíbulas, miró a su madre y a su hermano. La verdad, no merecían que los abandonara.

-Lo prometo.

-Bien.

El hombre salió al corral para liarse un cigarro, mientras el chico acudía al regazo de su madre que le llamaba en silencio, con los brazos abiertos.

-Juan, Juan. No creas que no comprendemos tus sentimientos, pero tú debes entender los nuestros. Mírame a los ojos, hijo mío. ¿Nos quieres, nos quieres de verdad?

Al muchacho se le nublaron los ojos por primera vez desde su escapada.

-Sí madre, claro que sí.

-Pues eso es lo que importa.